

Un hombre acabado

Giovanni Papini



Decía Henry Miller de Giovanni Papini que como filósofo no valía nada, pero que como perdedor fue el mejor que ha habido: alguien que fracasó en cada uno de los aspectos de su vida en los que se propuso triunfar, no porque su obra o sus experiencias no tuviesen valor, sino por su nivel de exigencia y sus pretensiones desmesuradas.

Intelectual extremo (en el sentido de quien acumula conocimientos) Papini a los treinta años había leído y analizado casi todos los textos de la cultura universal y a sus treinta años su autobiografía era la biografía de un viejo que sabe que ya no le queda futuro. Se había dado cuenta de que toda su cultura no tenía ningún valor y que nadie de los que le rodeaban estaba a la altura de su admiración: a los treinta años era un hombre temido por su sinceridad, solitario, que cuando alcanzó el éxito y la notoriedad radicalizó su sentimiento de misantropía.

Muchos consideran que *Un hombre acabado* es la obra maestra de Giovanni Papini, esencial para conocer la trayectoria de este autor italiano. Borges consideraba que era la «melancólica autobiografía» de un escritor «inmerecidamente olvidado». En sus páginas está todo el torrente intelectual de uno de los genios de las letras europeas del siglo XX, un hombre que reconocía haber nacido con «la enfermedad de la grandeza».

*Tu non se' morta, ma se' ismarrita
Anima nostra, che si ti lamenti.*

DANTE

Andante

Vivió toda su edad solo y salvaje

ARIOSTO

I

Un medio retrato

Yo nunca he sido niño. No he tenido infancia.

Cálidas y blondas jornadas de embriaguez pueril; largas serenidades de la inocencia; sorpresas de los descubrimientos cotidianos del universo: ¿qué son para mí? No los conozco o no los recuerdo. Después los he sabido por los libros, los adivino, ahora, en los muchachos que veo; los he sentido y probado por primera vez en mí, pasados los veinte años, en algún instante feliz del armisticio o de abandono. Infancia es amor, alegría, despreocupación, y yo me veo en el pasado siempre, separado y meditabundo.

Desde pequeño me he sentido tremendamente solo y diferente —no sé el porqué. ¿Quizás porque los míos eran pobres, o porque yo no había nacido como los otros?

No sé: recuerdo solamente que una tía joven, me puso el sobrenombre de viejo a los seis o siete años y que todos los parientes lo aceptaron. Y, en efecto; la mayor parte del tiempo estaba serio y cejijunto; hablaba muy poco hasta con los otros chicos; los cumplidos me daban fastidio; las caricias me causaban desprecio, y al tumulto desenfrenado de los compañeros de la edad más bella, prefería la soledad de los rincones más apartados de nuestra casa, pequeña, pobre y oscura. Era, en fin, lo que las señoras de som-

brero llaman un «niño tímido» y las mujeres en cabeza «un sapo».

Tenían razón: debía ser, y era, tremendamente antipático a todos. Recuerdo que sentía perfectamente en torno mío esta antipatía, la cual me hacía más tímido, más melancólico más reconcentrado que nunca.

Cuando me encontraba, por casualidad, con otros muchachos, no entraba casi nunca en sus juegos. Me gustaba apartarme y mirarles con mis ojos verdes y serios de juez y de enemigo. No por envidia; era más bien desprecio lo que sentía dentro de mí en aquellos momentos. Desde entonces, comenzó la guerra entre yo y los hombres. Yo les huía y ellos no se preocupaban de mí; no les amaba y ellos me odiaban. En la calle, en los jardines, unos me echaban y otros se reían a mis espaldas; en la escuela me tiraban pelotillas o me acusaban a los maestros; en el campo, hasta en la quinta del abuelo, los muchachos de los campesinos me arrojaban piedras, sin que hubiese hecho nada a nadie, como si sintieran que era de otra raza. Los parientes me invitaban o me acariciaban cuando no podían hacer menos, para no demostrar ante los demás una parcialidad demasiado indecente; pero yo me daba cuenta muy bien de la ficción y me ocultaba y respondía a sus palabras hosco y malhumorado.

Un recuerdo se ha grabado, más que todos los otros en mi corazón: húmedas veladas dominicales de noviembre o diciembre en casa del abuelo, con el vino cálido en el centro de la mesa, dentro de una sobera, bajo la gran lámpara a petróleo, con la fuente de castañas asadas al lado, y toda la familia —tíos y tías, primos y primas en cantidad— con los rostros rojos, en derredor.

El patriarca, junto al fuego blanco y fino, reía y bebía. Crujían los leños, ya medio cubiertos de ceniza delicadas; chocaban los vasos sobre las bandejas; murmuraban las tías beatas y sabidillas sobre los hechos y los escándalos de la semana, y los muchachos reían y chillaban en medio del hu-

mo azulino de los cigarros paternos. A mí, todo aquel bullicio de fiesta económica e idiota, me producía dolor en el alma y en la cabeza. Me sentía extranjero allí dentro, muy lejos de todos. Y, apenas podía, a escondidas, tomaba la puerta y, con pasos prudentes, pegado al húmedo muro, me deslizaba al pasillo, largo y tenebroso, que llevaba hasta la entrada de la casa. Allí sentía a mi pequeño corazón de solitario que latía con vehemencia, como si fuese a hacer algo malo o a cometer una traición. En aquel pasillo había una puerta vidriera que daba sobre un patiecito descubierto: la entreabierta apenas y me ponía a escuchar el agua, que venía cansada y de mala gana, rebotando sobre las piedras, sin furia, pero, con la obstinación lenta y odiosa de algo que no terminará nunca. Escuchaba en la obscuridad, con el frío en el rostro y los ojos bañados, y si alguna gota del surtidor me saltaba de improviso sobre la carne, me sentía feliz, como si aquella salpicadura viniese a purificarme, a invitarme a otra parte, fuera de las casas y de los domingos. Pero, una voz me reclamaba a la luz, al suplicio, a los comentarios. «¡Qué muchacho mal educado!».

Sí, es verdad, yo no he sido niño. He sido un «viejo» y un «sapo» pensativo y apocado. Desde entonces, lo mejor de mi vida estaba dentro de mí. Desde aquel tiempo, privado del afecto y de la alegría, me encerraba, me distendía en mí mismo, en la fantasía anhelante, en el solitario rumiar del mundo rehecho a través del yo. No les agradaba a los demás, y el odio me encerró en la soledad. La soledad me hizo más triste y desagradable; la tristeza apretó al corazón y aguzó el cerebro. La diferencia me separó hasta de los más próximos y la separación me hizo cada vez más diferente. Y desde aquel principio de vida, empecé a gustar la dulzura viril de esa infinita e indefinida melancolía que no quiere desahogos ni consuelos, sino que se consume en sí misma, sin objeto, creando poco a poco ese hábito de la vida interior y solitaria, que nos aleja para siempre de los hombres.

No: yo nunca he conocido la infancia. No recuerdo en absoluto haber sido niño. Me vuelvo a ver, siempre, selvático y abstraído, apartado y silencioso, sin una sonrisa, sin un estallido de franca alegría. Me vuelvo a ver pálido y atónito como en el primer retrato.

La fotografía está rota por la mitad, bajo el corazón. Es pequeña, sucia y borrosa: los bordes de la cartulina están negros, como las orlas de los muertos. Un rostro blanquecino de niño distraído mira hacia la izquierda, y se comprende que allí, a la izquierda, frente a él, no hay nadie que le mire. Los ojos son tristes, un poco hundidos —¿no han salido bien?—, la boca está cerrada a la fuerza, con los labios un tanto apretados para que no se vean los dientes. Única belleza: los rizos mórbidos, largos, ensortijados, que caen sobre el cuello de la marinera.

Mamá dice que soy yo a los siete años. Puede ser. Este retrato es la única prueba que yo poseo de mi infancia. ¿Pero os parece este un retrato de niño? ¿Este pequeño espectro desteñido, que no me mira, que no quiere mirar a nadie?

Se ve en seguida que aquellos ojos no están hechos para teñirse del celeste del cielo; son grises, son nebulosos de suyo. Se adivina que aquellas mejillas son blancas, que son pálidas y que serán siempre blancas y siempre pálidas: se pondrán rojas solamente por fatiga o vergüenza. Y aquellos labios tan cerrados, voluntariamente cerrados, no están hechos para abrirse a la risa, a la palabra, a la plegaria, al grito. Son los labios cerrados de quien padecerá sin la oportuna debilidad de los lamentos. Son labios que serán besados demasiado tarde.

En esta media fotografía, desvaída encuentro nuevamente el alma muerta de aquellos días; el rostro delicado del «tímido», el ceño adusto del «sapo», el calmo descorazonamiento del «viejo». Y se me oprime el corazón al pensar en todos aquellos días desvanecidos, en aquellos años infinitos, en aquella vida reconcentrada, en aquella pesa-

dumbre sin motivo, en aquella nostalgia inabarcable de otros cielos y de otros camaradas.

No, no: ese no es el retrato de un niño. Yo os repito que no he tenido infancia.

II

Un centenar de libros

Me salvó de esta soledad sin luz la manía de saber. Desde cuando hube conquistado renglón por renglón el misterio del silabario —macizas letras negras, minúsculas pero gruesas; honestos grabados en madera; lejanas y friolentas veladas de invierno, bajo la luz de petróleo, con la pantalla toda pintada de florecillas anaranjadas y azules, junto a mi madre joven y sola que cosía, inclinados sus negros cabellos bajo los reflejos— no tuve placer más grande, ni consuelo más seguro que el de leer. Los más nítidos y sentimentales recuerdos de esa edad, no son los de la primera gorra marinera de terciopelo celeste, o de las naranjas chupadas al borde de un estanque verdimuerto, y ni siquiera de los impetuosos caballos encabritados en vano sobre un listón de madera, ni tampoco del primer estremecimiento experimentado junto a una niña con la boca entreabierta por la respiración afanosa de la carrera. Recuerdo, en cambio, con infantil deseo todavía, mi primero o segundo libro de escuela —pobre, humilde, estúpido libro de lectura, encuadernado en cartón amarillento— donde un niño modelo, compungido y gordinflón, arrodillado en camisa sobre una camita de hierro, parecía recitar precisamente aquella oración rimada que yo leía allí abajo. Y recuerdo con mayor nostalgia una especie de Mil y una noches de la naturaleza,

un librote con el talón verde todo deshilachado, con las páginas grandes, largas, arrugadas, rojizas de humedad, muchas veces rotas por la mitad o sucias de tinta, pero que yo abría con la certeza de ver aparecer ante mí, siempre nueva, una ya conocida maravilla. Allí los pólipos gigantes, de redondos ojos crueles, surgían del mar para apoderarse de los grandes veleros del Pacífico; un joven alto, con la cabeza descubierta, arrodillado en la cima de un monte, producía sobre un oscuro cielo alemán su sombra enorme; por en medio de las altísimas y abruptas paredes de un valle español, estrecho y oscuro, pasaba un pequeño jinete, apenas iluminado por un rayo del alto cielo, todo atemorizado por aquel silencio de abismo; un tierno demiurgo chino, vestido solamente con un trapo en la cintura, con el escalpelo en una mano y el martillo en la otra, estaba terminando de hacer el mundo en medio del desorden de una rígida selva de estalactitas que surgían de la tierra: un fiero explorador, lleno de pieles, plantaba una gran bandera negra, agitada por el viento, en la punta extrema de un promontorio, frente al mar Polar, blanco, solitario y furioso... Y hojeando las páginas enrojecidas, aparecíanse de pronto, rostros atontados de naturales de la Polinesia, islas madreporicas posadas sobre el mar como ligeros colchones; sinistros cometas amarillentos en el ilimitado terror del cielo negrísimo de tinta, y esqueletos de reptiles colosales...

Y recuerdo entre los primeros libros que cayeron bajo mis ojos, una fea deformación de las memorias de Garibaldi que yo leía y releía sin comprender, exaltándome instintivamente ante aquel olor a pólvora, ante aquel fulgor de espadas, ante aquellas rojas cabalgatas de bandidos y de vencedores. Nada preciso tenía en la cabeza, ni sabía nada de Italia o de guerras, pero, con todo, aplicábame a diseñar la faz barbuda del General sobre la cubierta del volumen y me parecía como si aún estuviese vivo y cerca.

Pero, uno de los momentos más divinos de mi vida fue cuando tuve pleno derecho sobre la biblioteca de mi casa.

La librería de mi padre consistía en una rústica cesta de viruta y dentro de ella unos cien volúmenes, poco más o menos. Aquella cesta estaba en una pequeña habitación oculta en el fondo de la casa y que daba sobre los tejados —verdadera Alhambra de mis fantasías— donde había de todo: leños para quemar, trapos sucios, trampas para ratones, jaulas para pájaros, un fusil de la guardia nacional y una carcomida camisa roja garibaldina, con la medalla del 60.

Allí me encerraba diariamente apenas estaba libre y sacaba uno a uno, con asombro y circunspección, los libros olvidados. Volúmenes desencuadernados, disparejos, manchados, envilecidos por excrementos de moscas y de palomas; todos rotos y desiguales, pero, sin embargo, tan generosos para mí, de sorpresas, de maravillas y de promesas. Leía acá y allá, descifraba, no siempre comprendía, me cansaba, volvía a probar, siempre agitado por un arrebató, impaciente, apenas me acercaba las primeras veces a aquellos mundos de la poesía, de la aventura y de la historia que de vez en cuando una frase o una figura hacían fulgurar un instante mi cerebro virgen.

No solamente leía; fantaseaba, reflexionaba, reedificaba, intentaba adivinar. Para mí todos aquellos libros eran sagrados y tomaba muy a lo serio todo lo que decían. No distinguía entre historia y leyenda, entre hecho y fantasía: los caracteres de imprenta eran a mis ojos testimonios infalibles de verdad.

Para mí la realidad no era la de la escuela, la de la calle, la de la casa, sino, más bien, la de los libros —donde más me sentía vivir. En ciertas abrasadoras tardes de verano veía a Garibaldi galopar, con la capa levantada por la brisa, entre las tropas y las fusilerías de la pampa; en las mañanas tristes y lluviosas, estaba junto al conde Alfieri, que blasfemaba tras caballos y versos, por todos los caminos postales de Europa; y por la noche temblaba de odio patriótico y de oratorio frenesí de gloria con los hombres ilustres de un

Plutarco diminutamente impreso en muchos tomitos vestidos de color suave.

En aquellos libros encontré también los primeros impulsos de reflexión. Había en el fondo de aquella maravillosa cesta, hasta cinco o seis grandes libracos verdes (mesa revuelta de un compilador racionalista) donde se derrocaba a Dios y a la santa teología, y se hacía burla de las narraciones de la Biblia y de los sacerdotes del catolicismo. Entre las infinitas cosas de aquel cestón estaba, también, el himno a Satanás, de Carducci y, desde entonces, siempre he sentido más amor por el Ángel rebelde que por el majestuoso Viejo que está en los cielos. Reconocí después cuán grosera y poco segura era aquella apologética irreligiosa, pero a ella debo, asimismo, bien o mal, el ser un hombre para el cual Dios no ha existido nunca. Hijo de padre ateo, bautizado a escondidas, creado sin preces y sin miras, nunca he tenido eso que se llama «crisis del alma», «noches de Joceffroy», o «descubrimientos de la muerte de Dios». Para mí Dios nunca ha muerto, porque nunca estuvo vivo en mi espíritu.

Otro libro surtió gran efecto sobre mi mente de entonces —y, por lo tanto, de siempre—. «El elogio de la locura», de Erasmo de Rotterdam. Había en esa casa una edición italiana con las secas figuras grabadas por Holbein, y lo leí varias veces con gusto indescriptible. Debo, quizás, a Erasmo, mi pasión por los pensamientos comunes y el convencimiento profundo de que los hombres son canallas, cuando no son imbéciles.

III

Un millón de libros

Después de algunos años de lecturas furiosas y desordenadas, me percaté de que los pocos libros que había en casa y los otros pocos que podía tener recurriendo a las casas librería de parientes y conocidos, o comprando alguno usado, con los céntimos ahorrados del desayuno, o con los cuartos robados a mi madre, no bastaban. Supe, por un muchacho algo mayor que yo, que en la ciudad había grandísimas y riquísimas librerías abiertas a todos, donde en determinadas horas se podía ir, pedir el libro que se quisiese, y, lo que es más, sin pagar nada. Decidí ir en seguida. Pero había una dificultad: para entrar en aquel paraíso era menester contar, por lo menos, dieciséis años. Yo tenía doce o trece, pero, para mi edad era demasiado alto. Una mañana de julio probé. Subí una gran escalera, que me pareció ancha y solemne, temblando. Después de dos o tres minutos de incertidumbre y latir del corazón, entré en la salita de pedidos, escribí como pude mi solicitud, y la presenté con el aire turbado y sospechoso, de quien se sabe en falta. El empleado —lo recuerdo todavía: ¡maldito sea!, era un hombrecillo un tanto panzudo, con ojillos celestes de pez muerto, y un pliegue maligno a ambos lados de la boca— me miró con cierta compasión y con odiosa y arrastrada voz, me preguntó:

—Perdone, ¿cuántos años tiene usted?

Se me enrojeció la cara, más de rabia que de vergüenza, y respondí, haciéndome tres años más viejo:

—Quince.

—No bastan. Lo siento. Lea el reglamento. Vuelva dentro de un año.

Salí de allí humillado, despechado, abatido y lleno de odio infantil contra aquel horrible hombre que me impedía a mí, pobre y hambriento de saber, el libre uso de un millón de libros, robándome así, cobardemente, en nombre de un número escrito, un año entero de luz y de felicidad. Había entrevisto, al entrar, que del otro lado había una sala vasta y larga, con venerables sillones de altos respaldos, cubiertos de paño verde, y alrededor, libros y libros, libros viejos gruesos y macizos, con las cubiertas de pergamino y de piel, con letras y frisos de oro: una maravilla. Y cada uno de aquellos libros contenía lo que ya buscaba, ofrecía el alimento hecho para mí: historias de emperadores y poemas de batallas, vidas de hombres semidivinos, libros santos de pueblos muertos, y las ciencias de todas las cosas y los versos de todos los poemas y los sistemas de todos los filósofos. Aquellos millares de promesas en letras de oro, eran para mí: a una orden mía los volúmenes que esperaban bajo el polvillo, tras la red tupida de los anaqueles, habrían descendido hasta mí y los hubiera abierto, hojeado y devorado a mi placer.

No esperé un año para intentar la segunda prueba. También salió mal. Debí esperar otro verano para vencer. Tenía poco más de trece años, tal vez trece y medio.

Junto con otro muchacho más grande que yo, que desde hacía tiempo entraba sin dificultad, entré, por fin. Para no dar en el ojo y no pasar por niño en busca de pasatiempo, pedí un libro serio, un libro de ciencia —el de Canestrini sobre Darwin.

Estaba, esta vez, del otro lado de la pared de madera y de vidrio, otro empleado —un tipo alto y seco, como un